

## Lo autobiográfico en el discurso narrativo de los *Comentarios Reales*

### La obra

Bajo el amparo de las *Crónicas de Indias*, que tanto auge cobraron a raíz de la Conquista, el Inca Garcilaso, como casi todos los escritores de los primeros años coloniales, pretende dejar constancia de unos lugares desconocidos hasta entonces para el resto del mundo y de unos hechos que asombrarían —que ya estaban asombrando— a los europeos de los siglos XVI y XVII. Pero el Inca Garcilaso, al contrario que la inmensa mayoría de los cronistas, va a contar la historia de su tierra “de nacimiento”: el Perú, y bajo el prisma de su sangre mestiza y sus propias experiencias, vividas en sus “niñeces” incaicas.

Las llamadas «crónicas de Indias» abundaron durante los dos siglos posteriores al Descubrimiento; cubrían un amplio espectro y no quedaban reducidas a las escritas por los cronistas «oficiales», que eran nombrados por la Corona a partir de 1526. Podían ser breves como «Cartas» o «Relaciones» o compendiosas y enciclopédicas; podían ser escritas de primera mano por funcionarios, soldados o conquistadores, como los *Naufragios* de Cabeza de Vaca, o por eruditos que no hubieran pisado tierra americana, como Francisco López de Gómara, «cronista de oídas», cuando entró al servicio de Hernán Cortés como capellán. La mayoría fueron escritas para ensalzar la Conquista y para mayor gloria del rey de las Españas; aunque hubo sus detractores, cuyo ejemplo paradigmático es el de Bartolomé de las Casas.

De las obras de Garcilaso, quizá *La Florida del Inca*, escrita sobre todo por la relación que le hace el soldado Gonzalo Silvestre, perteneciente al grupo de españoles que acompañó al adelantado Hernando de Soto a aquella península, le sirviera para afilar la pluma, para coger fondo, de cara a la magna tarea que iba a acometer en sus *Comentarios*, pues en el *Prólogo* de los *Diálogos*, tras ofrecerle este libro al Rey, dice que pretende

«... ofreceros presto otro semejante que será la jornada que el adelantado Hernando de Soto hizo a la Florida, que hasta ahora está sepultada en las tinieblas del olvido. Y con el mismo favor pretendo pasar adelante a tratar sumariamente de la conquista de mi Tierra, alargándome más en las costumbres y ritos y ceremonias della, y en sus antiguallas, las cuales, como propio hijo de aquellas gentes habría podido referir «mejor que otro que no lo sea...».

Sobre estos moldes, pero con un estilo y un enfoque muy particulares y de gran calidad literaria, compondrá el Inca Garcilaso sus *Comentarios Reales*, publicados en Lisboa, en 1609, y una segunda parte que se publicará póstumamente en Córdoba, en 1617, con el título de *Historia general del Perú*.

**El hombre** (pequeño apunte biográfico como introducción al autobiografismo)

El Inca Garcilaso, según él mismo nos cuenta en el interesante «Proemio al lector» de sus *Comentarios*, era «*natural de la gran ciudad del Cozco, que fuera otra Roma en aquel Imperio*», y más adelante en su libro, nos dice cuándo: «*Yo nací ocho años después que los españoles ganaron mi tierra, y como lo he dicho, me crié en ella hasta los veinte años...*» [I, I, XIX]<sup>1</sup>. Este hecho, unido a su condición de mestizo de conquistador español y princesa inca —doble herencia que reivindicará sin desmayo—, tendrá repercusiones de hondo calado en su vida y en su obra, como subrayan estudiosos de la talla de Giuseppe Bellini o Jean Franco.

Uno de los sucesos más traumáticos de sus primeros años de vida fue el repudio de su madre, Cosi Coyllur, por el capitán Garcilaso de la Vega; el hecho de que no lo mencionara nunca en sus escritos, puede darnos una pista sobre la profunda herida que causó en su ánimo.

Garcilaso comienza tarde a escribir, gastadas ya las lides de soldado en los tercios de D. Juan de Austria y aplacadas sus ansias reivindicativas, ante el nulo resultado de sus intentos, se retira a Montilla, donde lo acogen sus parientes paternos. Su primera incursión en las letras es la traducción de los *Diálogos de amor* de León Hebreo. Aunque de mayor importancia para conocer al hombre y al escritor es el revelador *Prólogo y dedicatoria* a Felipe II, donde da cuenta de algunas de sus vivencias y afanes.

Ya en plena madurez, el hombre que en sus venas lleva sangres nobles de dos continentes, de dos mundos casi irreconciliables, desempolva sus recuerdos, forjados en las enseñanzas de los amautas y en los nudos de los quipus, y nos los lega entreverados de decepciones y angustias, aunque se nota que los años le han puesto sordina a las contrariedades. Desde la nostalgia y el desarraigo —las autoridades le prohibieron la vuelta al Perú— escribe este cuzqueño afincado en España que, como dice Oviedo, «se sentía más español en América y más americano en España»; y es quizá por esta paradoja existencial que pueda decir Bellini que «En sus *Comentarios reales*, el Inca dejó el testimonio de una tragedia personal sufrida con intensidad».

**El hombre en su obra: lo autobiográfico en los *Comentarios Reales*.**

«*Quien ha escrito vidas de tantos, no es mucho que diga algo de la suya*», leyendo estas palabras justificatorias, ya no podemos dudar de la importancia de los avatares de la vida del Inca en el grueso de su obra.

---

<sup>1</sup> Estas anotaciones entre corchetes referirán del siguiente modo: Primera parte, Libro I, capítulo XIX. Y se utilizarán cursivas para los textos de Garcilaso, aunque vayan entre comillas, para que contrasten con el texto del comentario y los entrecomillados de otros autores.

Garcilaso escribe una «crónica» que se nutre en parte de sus propias vivencias personales y de lo que le han contado sus parientes incas en sus primeros veinte años de vida en América, antes de embarcarse para España.

Mucha importancia tienen sus apelaciones de veracidad, pues con estas insistencias, el Inca trata de documentar fehacientemente los hechos narrados: él lo sabe porque lo ha vivido, o porque lo ha oído de primera mano. En el «Proemio al lector», deja bien claro sus propósitos: *«En el discurso de la historia protestamos la verdad de ella, y que no diremos cosa grande, que no sea autorizándola con los mismos historiadores españoles que la tocaron en parte o en todo»*. Aunque en otras partes, y en esta línea reivindicativa de la verdad, lanza sus velados, o no tan velados, reproches a otros cronistas que erraron en sus apreciaciones, bien por desconocimiento de una lengua que él dominaba al ser su lengua materna, bien por no haber contado con las fuentes idóneas o por no haberse extendido lo suficiente, seguimos en el «Proemio»: *«Aunque ha habido españoles curiosos que han escrito las repúblicas del Nuevo Mundo... no ha sido con la relación entera que de ellos se pudiera dar»* o *«escribenlas tan cortamente, que aun las muy notorias para mí (de la manera que las dicen) las entiendo mal»*; en cambio, él nos promete escribir *«clara y distintamente»* sobre todo lo que sabe. También en otras partes nos dice cuánto ha meditado la mejor manera de escribir su libro, *«Después de haber dado muchas trazas, y tomado muchos caminos...me pareció que la mejor traza y el camino más fácil y llano era contar lo que en mis niñeces oí muchas veces a mi madre y a sus hermanos y tíos, y a otros sus mayores, acerca deste origen y principio»* [I, I, XV]

Si de autobiografismo estamos hablando, es de suma relevancia el capítulo XIX del libro 1º de los *Comentarios*, «Protestación del autor sobre la historia», que incluso termina con una *captatio benevolentiae*, como si fuera un prólogo al lector:

Al discreto lector suplico reciba mi ánimo, que es de darle gusto y contento, aunque las fuerzas, ni el habilidad de un indio, nacido entre los indios y criado entre armas y caballos, no puedan llegar allá.

En este capítulo se recogen muchos de los aspectos capitales que configuran la obra:

—El Inca se nos presenta como indio, tal como se aprecia en el párrafo de arriba, o en este otro momento, cuando escribe: *«Viracochas, así llamaban los indios a los españoles y así les llamaba yo también, pues soy indio...»*

—Descubre sus procedimientos de recogida de datos: *«escribí a los condiscípulos de escuela y gramática, encargándoles que cada uno me ayudase con la relación que pudiese haber de las particulares conquistas que los Incas hicieron de las provincias de sus madres»*, mezclada con las

omnipresentes apelaciones de veracidad: *«que yo protesto decir llanamente la relación que mamé en la leche, y la que después acá he habido, pedida a los propios míos, y prometo que la afición dellos no sea parte para dejar de decir la verdad del hecho, sin quitar de lo malo ni añadir de lo bueno que tuvieron»*.

—Reitera los problemas ya mencionados de otros cronistas con el lenguaje de los indios: *«que el español que piensa que sabe más dél, ignora de diez partes las nueve»*.

—Se trasluce su nostalgia por la desaparición del imperio incaico: *«...en todo lo que desta república, antes destruida que conocida...»*

—Y su profunda y sincera inclinación católica *«... que bien sé que la gentilidad es un mar de errores»*, la cual no menoscaba su aprecio por los incas, de los que dice ser más propensos al Evangelio que otros infieles que no fueron “civilizados” por sus antepasados maternos.

Otros aspectos que pueden ser destacados en los *Comentarios* son:

La descripción de lo pequeño, lo cotidiano, de la «intrahistoria» —en voz de Unamuno—, es donde más se aprecia la modernidad de la obra y donde el Inca se muestra más cercano al lector, buscando complicidades en sus propias experiencias vitales; como ejemplo, en el capítulo «La medicina que alcanzaron, y la manera de curarse» [I, II, XXIV], tras hablar de los efectos que causaban ciertos eméticos que usaban los incas, nos dice: *«A mí me purgaron dos veces por un dolor de estómago... y experimenté todo lo que he dicho»*. Así, Garcilaso se incorpora a sí mismo, se anuda con el relato y nos hace entrar de su mano en aquella fabulosa aventura.

La estructuración de la obra la hace en clave renacentista, partiendo del mito de las Edades del hombre. Garcilaso compara la supuesta Edad de Oro del mito clásico con una Edad Ferina en América —pues se hace eco de una concepción de progreso en la Historia, de continuo perfeccionamiento hasta el triunfo final del Bien (Providencialismo)—; continúa con el paralelismo Imperio Romano-Imperio Incaico, siendo Cuzco una nueva Roma; para desembocar en una común *Nueva Jerusalén*, con la conversión de los gentiles americanos al cristianismo. Según Bellini, Garcilaso es «el heredero de una gran civilización extinguida, de la que se siente orgulloso y a la que pone en un plano de igualdad con la hispánica».

Contrapesando estas formas renacentistas de los *Comentarios*, no se puede dudar de la gran importancia que cobran los sentimientos del autor en su elaboración; argumento que ha servido a algunos críticos para ver en ella un cierto romanticismo *avant la lettre*. Ya conocemos la importancia del yo en los románticos, y no dejan de apoyar a dichos críticos los múltiples momentos en los que el Inca se expresa en primera persona, incluso con posesivos que remarcan la pertenencia del autor a esa cultura y a ese pueblo *«Del cerro Huanacauti salieron **nuestros** primeros reyes... **teníamos** hecho en él, como es notorio, un templo para adorar a **Nuestro** Padre el Sol»* [I, I, XVI]

La segunda parte, que abarca el presente histórico del Inca —aun cuando la escribiera muchos años después—, con las terribles guerras civiles que azotaron aquellos parajes en sus primeros años, tiene como savia vivencial que la sustenta a la tenaz reivindicación de la memoria de su padre, el capitán Sebastián Garcilaso de la Vega, cuya afección a la Corona fue puesta en duda tras la batalla de Huarina. Como muestra paradigmática, se puede leer el capítulo XXIII del Libro V, titulado «El autor da satisfacción de lo que ha dicho, y en recompensa de que no le crean, se jacta de lo que los historiadores dicen de su padre», donde el Inca va rebatiendo a los autores que denigraban a su padre. Porque el genial mestizo, como dice Oviedo «escribía con un ánimo reivindicatorio, aunque apacible y equilibrado, como si la sangre de la herida que lo provocaba hubiese cesado de manar».

También podemos destacar la visión providencialista que destila su obra, quizá reflejo de sus estudios humanistas y su sincera religiosidad. Una Providencia que daba un sentido trascendente a una conquista tan “poco cristiana” en muchos de sus aspectos.

### **Conclusión**

El Inca Garcilaso, con su obra cumbre los *Comentarios Reales*, se inserta en la tradición cronística americana y a la vez escribe una obra totalmente original, por la inclinación —a veces casi apologética— hacia el pueblo de su madre, por la pátina autobiográfica que la permea, por sus fuentes de primera mano y oído, por su afán de restitución de la memoria de su padre, que le tocaba en su fibra más íntima, por el lapso transcurrido entre sus vivencias y el darlas a la luz, ya en plena madurez, y por ese detallismo tan moderno en una obra que se gestó en el último cuarto del siglo XVI.

Manuel Berriatúa